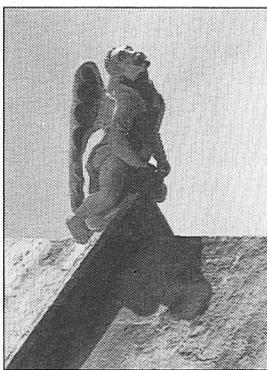


El helor del cuerpo

Vicente Sánchez-Biosca

El positivista siglo XIX asistió a un renacer de la incertidumbre entre lo humano y la animal, lo que traería como consecuencia que la literatura se poblara de mutaciones, las más de las veces fruto de alucinaciones. Más tarde, el psicoanálisis intentaría descifrarlas. Pero, ya en este siglo, Kafka acaba con esta tradición: la metamorfosis surge del peso de lo real y no necesita explicación. Ocurre y basta. Estas líneas tratan sobre los cambios de la noción de metamorfosis en la literatura.



“Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto. Hallábase echado sobre el duro caparazón de su espalda, y, al alzar un poco la cabeza,

vio la figura convexa de su vientre oscuro, surcado por curvadas callosidades, cuya prominencia apenas si podía aguantar la colcha, que estaba visiblemente a punto de escurrirse hasta el suelo. Innumerables patas, lamentablemente escuálidas en comparación con el grosor ordinario de sus piernas, ofrecían a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia.

— ¿Qué me ha sucedido?

— No soñaba, no.”

(*La metamorfosis*, F. Kafka).

He aquí, en su más rotunda brutalidad, la descripción de una metamorfosis: un cuerpo humano convertido, de la noche a la mañana, en un repugnante insecto. Nada, sino la mente, conserva Samsa de su anterior estado humano. Su anodina cotidianeidad se ve, pues, sesgada por un acontecimiento incomprendible: y, es más, para el cual ninguna explicación será ensayada. Ninguna incertidumbre sobre cómo ha sucedido. Ha ocurrido y basta; de lo que se trata es de afrontar el futuro inmediato. Y —eso sí— una descripción seca, detallista si se quiere, pero neutra, de los miembros que, repentinamente, constituyen el cuerpo irreconocible de este oficinista. Pues precisamente por ello, porque no es la causa, sino el efecto el motivo de este relato, *La metamorfosis* constituye la sentencia de muerte a toda una tradición narrativa que se alimentaba, cual succionador vampiro, de las mutaciones humanas.

En efecto, nos referimos a aquello que se dio en llamar la literatura gótica y fantástica de finales del XVIII y del XIX. Lo que en Kafka concita el asco, la repulsión,

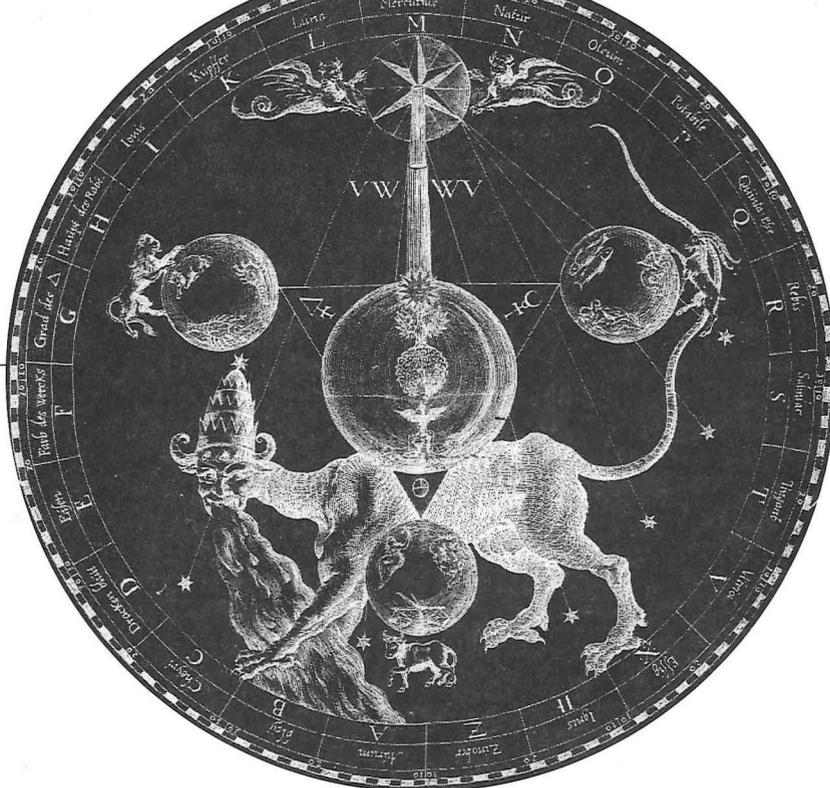
y nunca la empatía, en aquella lejana literatura aparecía encarnado en la indecisión, en la duda, en la vacilación y, sobre todo, en la implicación del lector; la distinción inequívoca que Kafka practica entre lo animal y lo humano para, luego, volver a cruzarlo produciendo una irrefrenable repulsión, fue en otro tiempo fuente de siniestras incertidumbres para el ojo del que narra y, con él, como arrastrado por ese mundo, para el lector. Y, por si fuera poco, la vigilia prescindible de este oficinista cumplidor riguroso de sus cometidos ocupa el lugar que antes estuviera repleto de sueños y pesadillas, fiebres repentinas y accesos de locura momentáneos e inexplicables. En pocas palabras, Kafka abre las puertas de siglo XX para las metamorfosis, porque lo insoponible está en la copresencia de



lo humano y lo animal. Y lo hace con violencia, justamente por la sequedad de su retrato. Poco importa que el siglo XX vuelva en tantas ocasiones a recrear fantasmas del pasado: todos sabremos que son arcaizantes, que pertenecen a otra época.

PESADILLAS ROMANTICAS

Y es que hubo un arcano tiempo en la literatura en donde las transformaciones humanas, las metamorfosis, eran inciertas, nada podía dar fe de su realidad o de si, por contra, eran producidas por la alucinación de mentes torturadas por un deseo febril que las inflamaba o una pesadilla hiperbólica al límite de la razón. Fue la época de Charles Nodier, el reverendo Charles Robert Maturin, Matthew G. Lewis, Théophile Gautier, Gérard de Nerval, Edgar Allan Poe y tantos otros. Pero ¿qué tenían estas transformaciones que las hiciera tan singulares? La pregunta no es ociosa, pues es fácil reconocer que la metamorfosis recorre entera la historia de la literatura y el arte. Fue consustancial a los mitos



originarios, vivió en las páginas de Ovidio y Homero, no abandonó la literatura durante las grandes epopeyas, se encaramó a las gárgolas de las catedrales que todavía hoy visitamos y, para testimonio de nuestro tiempo, se perfila con

ironía postmoderna en los superhéroes de los cómics recientes. ¿Qué había, entonces, en las transformaciones del XIX susceptible de sorprendernos si las mudas humanas habían acolchado nuestra existencia desde época secular? Pues una suerte de retorno a la incertidumbre entre lo humano y lo animal, un instante concreto de la percepción en el cual resultaba imposible precisar la naturaleza de lo visto, pero que despertaba mil ecos olvidados de aquel tiempo arcaico —de la memoria y de la civilización— en el cual dicha distinción todavía no se había operado.

Y resulta una notable paradoja que el marco elegido para el resurgir de la naturaleza salvaje sea el tecnificado siglo XIX. Como faz oculta de la serialidad funcionalista del arte, del folleín y de la novela por entregas, como reverso de la experimentación científica y la fe consiguiente en las máquinas reproductoras (fotografía, microscopio y óptica en general, cronofotógrafo, fusil fotográfico y —¿cómo no?— cinematógrafo) y como inversión de la confianza misma, o más bien la obsesión, de un realismo integral, surgió esa luz oscurecida de la telúrica literatura fantástica. Ella apuntó la existencia de una inquietud respecto a la certeza experimental positivista y desató durante casi un siglo corrientes heladas que parecían confirmar las creencias más ritualizadas de los pueblos primitivos. Y en este consternado gesto en un marco científico la metamorfosis se incrustó como su más lograda metáfora.

EL PSICOANÁLISIS

Nada podría resultar más congruente con el espíritu romántico, con esa naturaleza, antes apresada por el convencional *locus amoenus* renacentista, que ahora se impone, telúrica, indescifrable. Los paisajes de Kaspar David Friedrich, con sus personajes abiertos de bruceas ante el vértigo del abismo son buena prueba de ello. La naturaleza, domesticada e inerte, se anima. ¿Cómo puede permanecer estable la garantía de lo humano? Los experimentos precientíficos con el magnetismo animal, con la hipnosis, inscriben este estado que se prolonga aún bien entrada la generación realista, como su otra cara. Y todo porque la ciencia médica, de inspiración biológica, todavía no ha decidido abiertamente ocuparse de tales estados.

Pues bien, dos límites posee este universo al que la li-

teratura y el arte dieron turbadora forma: uno está simbólicamente representado por la figura de Fiodor Dostoiévski. A mediados del siglo, en *El doble*, todavía lo grotesco se combinaba con un clima delirante repleto de indecisiones de la percepción; a finales, al borde de su muerte y en ese redondo testimonio que fue *Los hermanos Karamázov*, lo que nos embriaga es que la figura misma del parricidio no está atenazada en una brillante metáfora, sino planeando desde el comienzo con la brutalidad de lo que fatalmente habrá de suceder. El otro límite es, sin duda, el nacimiento del psicoanálisis. En él se produce una significativa recuperación de aquello que



la medicina había dejado de lado y sólo había sido objeto, en su aspecto más críptico, del ocultismo. Al filo del siglo XX, el psicoanálisis separó estas indecisiones espirituales de la medicina, de la ciencia biológica y de la neurología, y osó darle un nombre: el inconsciente. Como por ensalmo, este nombre acabaría barriendo la indecisión, la incertidumbre del sentido. La alucinación ya no era algo má-

gico, venido desde el fondo de los tiempos: tenía una causa y unos mecanismos para expresarse. A pesar de que su riqueza no se agotaba en ello, el universo del lector no habría de ser en el futuro invadido, presa de un contagio semejante a la peste.

En la obra de Kafka, se produce la ruptura, simbólicamente más decisiva de todo lo anterior: lo que atormentaba a los hombres en sus noches de insomnio, junto al fuego del hogar al tiempo que encendían la pipa del patriarca o al socaire de un extraño relato contado por caminantes en una espesura, se convertía ahora en algo bruto, opaco, material, sin enigmas que descifrar ni alucinaciones que nos envolvieran en su tela de araña. En pocas palabras, ese tormento surgía con el rotundo peso de lo real, imponiendo la repulsión y la podredumbre en un entorno que, por lo demás, no había variado lo más mínimo. Fue un giro sin retorno y, aunque éstos últimos no dejaron de producirse, el terror del siglo XX no ha dejado de estremecernos sumergiéndonos más y más en el mismo lugar donde nos dejó Kafka. Y aún así, es una paradoja decir sumergiéndonos, pues su operación consiste en destapar un velo que la literatura fantástica había trabado con sutileza. No otra cosa es lo que se destapa en los relatos de Stephen King, lejos de la ensoñación decimonónica y cerca, muy cerca, de ese punzón que los hace inquietantemente vecinos, en la casa de al lado, rozándonos todos los días.

C-2324

Papers de

Cultura

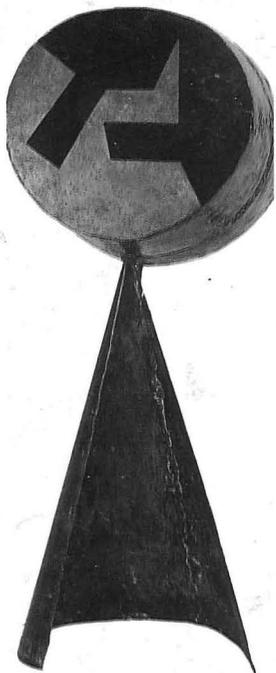
ES

Collection

Entrevista
amb el
ballarí
Vicente Sáez

L' estat
de la
Cultura

L



V



M

Elipse
General
DE VALENCIA

Cultura**Director:**

Juan Manuel Játiva Sevilla

Directora adjunta:

Toni Picazo

Directora d'Art i Edició:

Rosa Albero

Fotografia:

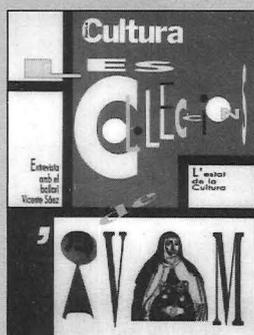
Andrés Castillo

Il·lustració:

Carlos Orfín

Col·laboradors:

Juan Alvarez, Fernando Arias, Gonzalo Badenes, Enrique Benavent, Vicente Berenguer, Juan Campos, Alfons Cervera, Elena Costa, Nel Diago, Jorge García, Manuel García, Inma Garín, Vicente Jarque, Encarna Jiménez, Víctor Mansanet, Rafa Mari, Sigfrid Monleón, M. José Obiol, Josep Vicent Monzó, Abelardo Muñoz, Ricardo Muñoz Suay, Jorge Navarro, Emili Plera, Pilar Pedraza, Carlos Pérez, Criso Renovell, Josep Ruvira, Roger Salas, Vicente Sánchez-Biosca, Nicolás Sánchez-Durá, José Vicente Selma, Rodolf Sirera, Ferran Torren, Xulio Ricardo Trigo.



Portada:
Carlos
Orfín

Edita:

Conselleria de Cultura,
Educació i Ciència de la
Generalitat Valenciana. Avda.
Campanar, 32. Tels. 386 65 00
386 30 21 - 386 30 57
46015 València.

Publicitat:

Avda. de Campanar, 32.
Tels. 386 30 21. ANAVA
PUBLICITAT: Apartat 135
Telèfon 375 27 73
46200 PAIPORTA

Fotocomposició i muntatge:

Albero Asociados

Impressió:

Federico Domenech, S. A.

Dipòsit Legal:

V. 1893-1984.

PAPERS DE CULTURA no se identifica
necesariamente amb els articles dels
seus col·laboradors, ni toma ni
manté correspondència amb
originals no sol·licitats

REPORTATGES

El debat sobre l'estat de la cultura torna a la actualitat després de deu anys de normalització democràtica (pàgs. 13-16)

La imminent exposició de les col·leccions de l'IVAM suposa una oportunitat per a calibrar la consolidació d'aquesta jove institució (pàgs. 17-19)

Actors i actrius de doblatge. Interiors d'una professió que presta la seua veu (pàgs. 24-25)

L'última generació de la cartellística valenciana de cultura (pàgs. 29-31)

**ENTREVISTES**

El coreògraf i ballarí Vicent Sáez es troba a València preparant el seu pròxim espectacle: *Uadi-Ued* (pàgs. 20-22)

Conversa amb la soprano Glòria Fabuel, una cantant que està a punt d'abastar una consolidació a nivell internacional (pàgs. 32-33)

LITERATURA

La casa, el barri i la geografia literària d'Eduardo Alonso, l'escriptor asturià arrelat a València des de fa vint anys (pàgs. 26-28)

Kafka va capgirar el gènere de terror inspirat en les metamorfosis del cos humà (pàgs. 34-35)

Lilí Serna, Encarna
Jiménez i Sergio
González

Vicente Jarque

Ferranda Martí

Manuel García

Inma Garín

Gonzalo Badenes

Xulio Ricardo Trigo

Vicente Sánchez-Biosca

Imatges.....	2	Plàstiques.....	9
Opinió	4	Llibres	10
Panorama	5	Contrasenyas.....	12
Escenes.....	6	Brut nature.....	36
Pantalles	7	Laberint.....	37
Sons.....	8	En acció.....	39

